



LOS COMPADRES

Una carrerina.

institutojmcarrera@yahoo.es

Como todos los días, el alumno más distinguido recorría todos los patios del viejo colegio "Real Seminario de Nobles de San Carlos" anunciando con su campana el fin de las clases, y sus compañeros con el uniforme con escudo del Rey Carlos, recogían sus gramáticas y salían corriendo a la recién adoquinada calle Compañía.

Entre los grupos de alumnos van los Carrera y los Rodríguez conversando animadamente; discuten si irán a la competencia de volantines que habrá esa semana. Curiosamente eran tres hermanos en cada familia y tenían la suerte de que sus casas estaban una enfrente de la otra en Agustinas con Moneda, lo que se traducía en una gran amistad y también en reclamos de sus vecinos y retos de sus padres por sus diabluras.

- José Miguel, esta noche tengo que hablar contigo.
- Oye, Manuel, sabes que mi padre hace trancar el portón en la noche y me pueden pillar si lo abro.
- Igual voy. Cuando el sereno pase cantando las ocho de la noche, te espero de todas maneras en la puerta.

En ese momento entraban a la casa doña Paula y Javierita Carrera, quien al sacarse su manto mostró sus cabellos dorados.

- ¡Que linda es tu hermana! - musitó Manuel siguiéndola con los ojos - lástima que sea mayor que yo.

Cuando las campanas de las iglesias dieron las ocho y José Miguel levantó los pesados maderos que cerraban las puertas por dentro, Manuel entró sigilosamente.

- Traigo algo especial para pescar sapos en el Mapocho, pero nadie tiene que saber.
- ¡Buena idea, Manuel. Vamos!



Y los dos amigos parten a tientas por las calles oscuras, iluminadas de vez en cuando por la vela vacilante instalada al lado de algún portón, emocionados con su nueva aventura llegaron a las orillas del río, al que descendieron con cuidado resbalando entre los matorrales.

Allí en el lecho del río cientos de ranas y sapos entonaban sus cantos ensordeciendo a los dos amigos.

- ¡Ya pues, Manuel! ¿Cuál es tu invento para cazarlas.

- Simplemente estas bolsas. Echemos todas las que podamos y las escondemos hasta mañana.

Embarrados y felices llegaron con su botín a sus respectivas casas. Tempranito, al día siguiente, marchan muy serios y elegantes pero con unas sospechosas bolsas en sus manos. La primera hora es filosofía con el Padre Salustio, a una señal ambos abren las bolsas y los sapos, adormilados, comienzan a despertar y a saltar sobre las baldosas de la sala. El sacerdote los mira y paraliza su discurso sobre Aristóteles. Da un grito:

- ¡Sáquenlos!

Y los alumnos tratan de capturar a los resbaladizos animales en medio del desorden general.

El griterío es grande y aparece el Padre Rector con lo que se detiene la cacería y pregunta:

- ¿Quién fue?

Carrera y Rodríguez se adelantan.

- Fuimos nosotros, era sólo una broma, estábamos aburridos...

El Padre Superior con voz tronante decide:

- Esto no se queda así, tendrán un castigo ejemplar: veinte golpes de palmeta a cada uno y expulsión del colegio.

José Miguel responde con orgullo.

- A mí, nadie me da palmetazos y menos me expulsan, yo me voy.

Y evadiendo a todos, corre hacia una ventana enrejada del patio, por allí sube al segundo piso y llama a Manuel, arrancando ambos por los tejados hasta perderse de vista.

Y mirando a su amigo le dice:

- Que a un Carrera le iban a dar palmetazos...